



Durante las apariciones de Paray-Le-Monial (1673-1689), Jesús vino a pedirnos, entre otras cosas, que nos uniéramos regularmente a su agonía en el huerto de los olivos mediante la Hora Santa. Él sabe que para conocer su Corazón tan amoroso hay que unirse a él en esta terrible agonía. Pero, ¿qué es la agonía? Son los tormentos que preceden a la muerte. El cuerpo de Jesús agonizará en la cruz, pero su Corazón agonizará en el huerto de los olivos. *«La agonía de Getsemaní es la del corazón, la sangre que brota en el Huerto es la sangre que brota del corazón»*, dirá San Alfonso de Liguorio. Jesús vivirá esta prueba en su humanidad. Es su Corazón humano, tan bueno, tan puro, tan dulce, el que luchará y será aplastado con la única motivación de su amor desmesurado por nosotros. Ahí está la gloria del *Sagrado Corazón* y por eso Jesús quiere ser honrado **con su Corazón humano visible** en las estatuas y los cuadros. Contemplemos los sufrimientos de Jesús. Tendrán, entre otras, tres formas particulares.

***Agonía de horror ante los pecados del mundo que lleva sobre sí.***

En ese momento, Cristo se carga con la ignominia de todos los pecados del mundo, como si él mismo fuera responsable de ellos. Él, el ser más piadoso, se ve cargado con las blasfemias más atroces. Él, el ser más caritativo, se ve cargado con las masacres más crueles. Él, el ser más puro, se ve cargado con los pecados de la carne más innobles. Este abismo entre su santidad, la infinita delicadeza de su sensibilidad y la fealdad de los pecados de los hombres que se abalanzan sobre él crea un sufrimiento indecible. Como enseña Santo Tomás de Aquino, tal dolor habría bastado para darle la muerte; pero Cristo retuvo libremente su vida para llegar hasta el sacrificio de la cruz.

San Alfonso de Liguorio describe así esta terrible hora de Jesús: *«Debe expiar nuestros pecados en nuestro lugar; por lo tanto, debe tomarlos sobre sí como una prenda infecta y arrastrada por el barro; debe asumirlos y, ante su Padre, asumir toda la responsabilidad por ellos, como si los hubiera cometido él mismo. Es la hora de los poderes de las tinieblas. Jesús está de rodillas sobre el suelo pedregoso del huerto de la agonía; de repente, desde las lejanías del pasado y del futuro, como el horizonte se oscurece de pronto cuando estalla la tormenta, ve acudir corriendo todos los pecados pasados y futuros: lo abrazan, lo salpican, lo sumergen, olas espantosas y fangosas contra las que ni siquiera intenta luchar; se contenta con inclinar la frente y sonrojarse; él es el pecador, él es el pecado»*.

No es que se convierta en pecador, pues sigue siendo el Inocente, pero acepta llevar todo el peso. Oh, mi dulce Jesús, en medio de este asalto del mal, te has revestido de **mis propios pecados**. Sí, en ese momento, tú me viste a mí, mancillándote, aplastándote. Que esta terrible visión de lo que te hice personalmente me inspire una inmensa humildad y gratitud hacia ti, para que me postre a tus pies con sincera contrición, implorando tu perdón.

Agonía de miedo ante el sufrimiento y la muerte. Jesús ve el tormento que le espera. Ve la flagelación, más de mil golpes que lacerarán su cuerpo y lo desangrarán; ve la corona de espinas clavándose en su cabeza y desfigurándolo; ve la humillación de la desnudez; ve el odio de la multitud; ve los clavos atravesando sus nervios; ve el abandono de sus apóstoles. Todo ello le invade de un miedo humano real ante el tormento inminente. No es una debilidad: es la verdad del misterio de la encarnación: Jesús, verdadero Dios, **pero también verdadero hombre**. Por último, ve a su Madre al pie de la Cruz, con su Corazón Inmaculado traspasado por el dolor. Esta visión lo abrume. Sabe que al aceptar su misión redentora, su Madre será arrastrada con Él en la Pasión. Y como su Amor filial es perfecto, este dolor lo alcanza en lo más profundo de su Corazón. Sin embargo, en medio de estos tormentos, su Amor por nosotros sigue siendo más fuerte. Acepta el cáliz, si tal es la voluntad de su Padre.

Agonía del alma, en la tentación y en la noche. Se suma otro dolor interior. En efecto, mientras los apóstoles duermen, Satanás vela. Y tienta a Nuestro Señor, tratando de hacerle abandonar: ¿por qué sufrir tanto, si tantas almas rechazarán su Amor y se perderán? En su agonía, Cristo ve las almas que irán al infierno por toda la eternidad, no porque la ofrenda del Cordero sea insuficiente, sino porque algunos podrán rechazarla libremente. El dolor de ver así a una multitud de almas precipitarse al infierno lo sumerge en una noche espantosa. Esta visión aplasta su Corazón e, porque ama a todos los hombres sin excepción. Entonces, ¿de qué sirve continuar tu misión?, le susurra Satanás. Pero, como

en el desierto, no cede a la tentación. No cede a la desesperación. San Alfonso describirá así el sufrimiento del alma de Jesús: *«Entonces, desde lo más profundo de su cuerpo herido y cansado, desde lo más profundo de su alma empapada de vergüenza, surgen los cobardes consejos de la tentación. ¿Por qué sufrir para borrar los pecados que no has cometido? ¿Por qué intentar curar el alma humana tan viciosa que volverá al mal a pesar de todos los dolores del Calvario? ¡Y Cristo ve muy claramente la perfecta esterilidad de sus dolores por seres innumerables! ¿Por qué amar tan locamente a los hombres que lo ignoran y blasfeman contra él? ¿Por qué? ¿Por qué? (...) Lo más duro de su agonía en el Huerto es la certeza de que su pena será en vano para los condenados y que su sangre recaerá sobre ellos: dar su sangre para salvar y, con su sangre, perder a aquellos a quienes ama, eso es el colmo del tormento para el Corazón de Jesús, eso es, en el fondo del cáliz, más amargo que la crucifixión misma, el poso que el Salvador debe beber».*

Ante esta agonía del Corazón de Jesús, podríamos sentir la tentación de tranquilizarnos, considerándola como un momento pasado, ahora lejano. Sin embargo, en el plano místico, **esta agonía sigue siendo actual**. Así como en la Sagrada Eucaristía Jesús renueva de manera incruenta el único sacrificio de la Cruz, también los nuevos pecados de los hombres, que Él ya llevó en su agonía, manifiestan su permanente actualidad. Un santo sacerdote, el padre Charles Parra, escribió: *«Hoy agoniza por mí, por mis pecados de hoy, que Él conoció, en su último detalle, con su número y su gravedad, en el Huerto de Getsemaní».* El Sagrado Corazón se apareció en Paray-Le-Monial para **pedirnos que participáramos en los sufrimientos de su agonía**. Para ello, podemos ver dos razones: por un lado, Getsemaní fue el momento más doloroso de toda su Pasión y la máxima expresión de su amor; por otro lado, Él quiere que, al considerar nuestros propios pecados llevados por Él, nuestro corazón se rompa de arrepentimiento en comunión con el suyo y que permanezcamos a su lado para reparar. Por eso nos pide que nos asociemos a su agonía velando con Él durante una «Hora Santa», cada víspera del primer viernes del mes.

Esta contrición por nuestros pecados es el fruto de este misterio. Tengamos cuidado con la falta de contrición, diciéndonos a nosotros mismos que, al fin y al cabo, no es tan grave y que, de todos modos, amamos a Jesús. Esta actitud es un «pecado contra el Espíritu Santo», que no es perdonable, precisamente porque no pedimos perdón y Dios no puede forzar nuestra libertad. Esto se refleja en la reciente noción de «misericordia automática», que consiste en creer que el perdón de Dios está garantizado hagamos lo que hagamos. Es una trampa terrible que debilita progresivamente nuestra voluntad. ¿Para qué esforzarse si todos vamos al cielo de todos modos? Esto nos permite hundirnos en el pecado con la conciencia tranquila y el alma se dirige progresivamente hacia el infierno sin que nos demos cuenta, la suprema astucia de Satanás. Por supuesto, Dios quiere dar su misericordia a todos los hombres sin excepción. Pero no todos la obtienen, porque esta misericordia depende precisamente de nuestra sincera contrición. La contrición y la misericordia son inseparables. Solo se puede comprender la grandeza de la misericordia de Dios a la luz de lo que le ha costado: la terrible agonía del Corazón de Jesús y su sacrificio en la cruz. San Francisco de Sales explicará que *«todo amor que no tiene su origen en la pasión del Salvador es frívolo».*

El segundo resultado de esta meditación debe ser la contemplación del Amor de Jesús que se ofrece por nosotros en la agonía de su Corazón. Toda la grandeza de la Redención se expresa aquí. En sus terribles tormentos en el huerto de los olivos, como en la Cruz, el Amor indomable de Jesús por nosotros está omnipresente y es la raíz de todo. *«En la Redención por la Cruz, es el amor el que lo gobierna todo: infinitamente más que la satisfacción de la justicia divina, que quiere que el pecado sea castigado, está el Amor de Dios, que quiere que los hombres, todos los hombres, sean salvados. Todo este Amor de Dios vibra y palpita en el Corazón de Nuestro Señor»*, nos dice San Alfonso de Liguori. Sí, el arrepentimiento sincero y profundo de nuestros pecados debe realizarse en un acto de confianza en el Amor y la Misericordia infinita de Jesús. Lancémonos llorando como un niño pequeño a sus brazos y confiemos en su Corazón. Él quemará todo el mal que le hemos hecho y nos elevará hacia su Padre.

Para terminar, repitamos con San Alfonso de Liguori esta oración: *«¡Mi Jesús! Cuando considero mis pecados, me avergüenzo de pedirte el Cielo [de pedirte tu Misericordia, nota del editor], después de haber renunciado tantas veces a él en tu presencia por placeres indignos y fugaces. Pero cuando te veo clavado en esta cruz, no puedo evitar esperar el paraíso, sabiendo que quisiste morir en este doloroso patíbulo para expiar mis pecados y obtener para mí la felicidad celestial que yo desprecié».*